

Factores sociantropológicos

Significados que tiene la vinculación que se ha establecido entre juventud y violencia

Manuel Martín Serrano

Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Entre "la juventud" y "la violencia" se está estableciendo una supuesta relación de naturaleza generacional. Según este criterio, los jóvenes y las jóvenes, serían ahora más violentos que lo eran sus hermanos mayores o sus padres. Esa apreciación colectiva es falsa. Pero lo que aquí interesa, no es redundar en la demostración de ese error de apreciación. Estas líneas examinan algunas dinámicas de naturaleza social y antropología, que llevan a esa inculcación generacional de la juventud.

1. El incremento de la violencia en nuestra época

Suele darse por sabido, que en nuestra época hay una *presencia* mayor de la violencia, en comparación con la violencia que era perceptible antaño. En esta ocasión se inicia "nuestra época" y se aleja de la "época anterior", cuando la mundialización de la comunicación de masas; lo cual sucede mediados los años setenta. Este lugar común, según el cual nuestra cotidianidad está anegada por la violencia, tiene, como todos los estereotipos, un tanto importante de verdad y otro tanto de falsedad:

– Es la parte cierta de esa creencia, que ahora más que nunca, resulta habitual la *presentación* de hechos violentos. Los medios de comunicación, sobre todo los medios audiovisuales (televisión, cine, videojuegos) han convertido la representación de situaciones violentas, en todos los contextos, en una norma. El carácter normativo que ha adquirido la mención de la violencia, se observa por ejemplo en la televisión. En la programación diaria de este medio de comunicación, nueve de cada diez narraciones incluyan al menos un acto violento (1).

(1) Dichos comportamientos se manifiestan en forma de: peleas, agresiones, torturas, muertes traumáticas, violaciones, privación de auxilio y/o de libertad, de negación de recursos primarios.

– Por lo tanto, existen datos que permiten afirmar, que ha aumentado la importancia que tiene la violencia, como *tema de referencia* en la comunicación pública. Pero no es cierto que la presentación y representación a nivel colectivo de la violencia, sea una práctica social que se inicie ahora. El manejo público de la violencia para formar las mentalidades de las personas es tan antiguo como la sociabilidad. Conviene aclarar, recordando a Rousseau, que la dramatización de la violencia es un ritual al que se le encuentra en todas las sociedades y en cada época.

Con los rituales de la violencia se pretende habitualmente dos propósitos:

- 1.º Que los destinatarios asimilen su condición de víctimas potenciales de la violencia, si acaso, en algún momento, no asumen las normas colectivas.
- 2.º Que al tiempo, estén dispuestos para ejercer su condición potencial de agresores, igualmente cuando el grupo se lo solicite.

En definitiva, la ritualización de la violencia se utiliza para reiterar la primacía que tienen, los intereses del conjunto de la colectividad sobre los deseos y las necesidades propias de cada sujeto individual. Esa prioridad se dramatiza por ejemplo, en la ejecución pública de un ladrón, un violador o un desertor. Y se legitima en todos los relatos que narran desde antes que existiese la escritura, la

necesidad de aceptar el propio sacrificio o el sacrificio de las personas queridas, por ejemplo, en la justificación que se hace del infanticidio en el cuento de Pulgarcito, cuando aquellos padres de una familia numerosa, se ven obligados a cumplir la ley que les exige abandonar a los hijos. Y también se observa en los mitos, como el de la Redención; del cual, hay muchas variantes culturales, y todas incluyen la inmolación de un chivo expiatorio que tiene que pagar las culpas colectivas.

La proclividad de las comunidades a traer a colación ejemplos de comportamientos violentos, estaría, por paradójico que pueda parecer, al servicio de la perpetuación de la solidaridad entre sus miembros. Si así fuese, tendrá que haber alguna relación entre las peculiaridades distintivas de las sociedades en las que ahora vivimos, y las nuevas funciones que cumple la presentación ritual de la violencia.

Por eso, el aumento que ahora se ha producido de referencias a situaciones violentas, no tiene por qué ser necesariamente **el efecto** de un incremento real de los actos violentos (2). Habría que relacionar más bien esa insistencia en traer a colación el tema, con la existencia de un mayor antagonismo entre las necesidades privadas y los intereses colectivos.

2. La vinculación entre violencia y juventud

También es propio de la referencia ritual a la violencia, que tanto entre los violentos, como entre sus víctimas, figuren preferentemente personas jóvenes. La asociación ancestral entre violencia y edades juveniles, se refiere a los comportamientos violentos que los jóvenes realizan, o que se les infringe a los jóvenes, precisamente cuando están viviendo el tránsito de

(2) En realidad, la cuestión relativa a si nuestra época es más o menos violenta que las anteriores, carece de respuesta, porque es una pregunta mal planteada. Las épocas no son objetos *comparables* directamente. Pueden cotejarse las formas, los actores, las situaciones, las causas que adopta la violencia en colectivos concretos durante periodos específicos.

edades, hacia la condición de adultos. En tales casos, esa violencia ejercida o padecida durante la juventud, tiene un significado iniciático. Cabe mostrar esa vinculación entre los rituales de tránsito y las experiencias violentas, con numerosos ejemplos tomados de culturas y de épocas distintas, durante los ritos de final de la pubertad (3).

La violencia iniciática recibe el significado de "violencia buena"; o cuanto menos de violencia necesaria y por lo tanto justificada. Todas las representaciones colectivas de esa modalidad de violencia juvenil, comparten un mismo supuesto, según el cual, infringir o soportar la violencia fragua el coraje, la lealtad y otros valores solidarios. Ahora, en la representación pública que de la violencia juvenil se hace, todavía se reitera esta pauta tan antigua, que relaciona la violencia con la incorporación de los jóvenes a los deberes y los derechos de los adultos. Generalmente, aparece esta legitimación cuando hay que movilizar a la juventud contra algún enemigo real o potencial, sea "de dentro" o "de fuera". La persistencia de esa representación tan arcaica, muestra que, todavía, nuestras sociedades están organizadas para imponerse a otras sociedades o para defenderse de ellas. En realidad, ahora como antes, el diseño social está previsto para seguir utilizando a los jóvenes tanto en el papel de agresores, como en el de víctimas, en todos los conflictos por ser más fuertes, más dóciles, más entregados, mejor preparados que los adultos. Lo cual explica, por qué aún no se pueden eliminar de la socialización de las nuevas generaciones, esas representaciones que inculcan en la juventud la necesidad de ser violentos. Consecuentemente, a la juventud se la sigue educando para que valore la agresión como un comportamiento eficaz y necesario. El recurso a la violencia se promueve en

(3) Entre los *Naguas*, la prueba por la que pasaban los varones jóvenes incluía que matasen al primer enemigo. En su defecto, entre los *Ainus*, al joven se le exigía conseguir el primer trofeo de caza. En las películas bélicas, el comportamiento violento se presenta como la experiencia que hace madurar a quienes fueron reclutados para la guerra casi de niños, y salen de ella hechos unos hombres.

relación con las mismas situaciones, y para asegurar las mismas funciones sociales, que se tienen por legítimas en las comunidades más primitivas (4).

3. Las transformaciones que se han producido en la representación de agresividad juvenil

Sin embargo esa representación de la violencia juvenil ya no es ni la más frecuente ni la más característica de nuestra época. Ahora es raro que esté pautada como un comportamiento iniciático, que sirve para transformar a un joven en un adulto, capaz de defender a los suyos. Por el contrario, actualmente la violencia juvenil se percibe por el imaginario colectivo, como una amenaza contra el propio grupo. Por lo tanto, se entiende que la mayoría de las manifestaciones de agresividad de la gente joven, carecen de legitimidad. Por ello, se cree que los actos violentos que protagonizan los jóvenes constituyen una modalidad de "violencia mala", o cuanto menos arbitraria e inútil y por lo tanto no justificada. La actitud colectiva hacia la violencia que protagonizan los jóvenes se ha hecho intolerante.

Esa violencia juvenil "mala", puede explicitarse en agresiones, aparentemente gratuitas contra las fuerzas del orden. Y en peleas endémicas, generadas por grupos juveniles, organizados precisamente para agredir a otros y otras jóvenes. O en actos vandálicos, que parecen responder a impulsos destructivos irracionales. Generalmente, estas modalidades de manifestaciones agresoras, marcan el tránsito de la adolescencia a la juventud. Lo cual significa que no pueden entenderse como los comportamientos de unos jóvenes que se preparan para dejar de serlo, ingresando en el

(4) La representación colectiva que expresa, a nivel simbólico, la movilización agresiva de la juventud, tampoco ha cambiado y se formula de manera equivalente en todas las culturas: los jóvenes tienen que estar dispuesto a luchar y si necesario fuese, a morir por el propio grupo. Entre los Romanos, ocupaba el frontispicio de las escuelas patricias, el siguiente lema: "Es dulce y decoroso morir por la patria".

mundo de los adultos. Mas bien se interpretan como conductas de niños que se resisten a salir de la adolescencia.

En consecuencia, esa modalidad de violencia juvenil, cuando sucede, y cuando se la describe y valora, también ha adquirido la condición de un ritual. La característica distintiva de este nuevo ritual y que le hace tan amenazador para el imaginario colectivo, es la siguiente: en vez de servir esa violencia juvenil para la integración, sirve para la desintegración. En consecuencia, los sucesos con estas características, en las que se ven implicados jóvenes violentos, son sistemáticamente publicitados, amplificados, y condenados. La desmesura está en que tales comportamientos, se han pautado en la comunicación pública y también en la mentalidad de las personas, como las manifestaciones más prístinas y más frecuentes no sólo de la juventud violenta; sino de toda la juventud.

4. Las dificultades inherentes al empeño de promover al tiempo, el ejercicio y la erradicación de la violencia

Atenor de lo dicho, se comprende que en nuestra sociedad se hacen dos presentaciones distintas de la violencia que implica a la gente joven, siendo contradictorias entre sí. Por esa razón la valoración que se le trasmite a la juventud del recurso a la violencia, es muy instrumental. El signo positivo o negativo de esa valoración no depende tanto de que las agresiones juveniles sean más o menos frecuentes; ni tampoco depende de que resulten más o menos lesivas. La aprobación o desaprobación de tales comportamientos, tiene que ver, con la función que cada acto violento desempeña, desde el punto de vista del mantenimiento de la organización social. El resultado de ese manejo instrumental de la violencia juvenil es el siguiente: desde las instituciones comunicativas y educativas, no se puede condenar *toda* manifestación violenta. Del mismo modo que tampoco se puede justificar *toda* manifestación violenta. Ni siquiera se pueden

establecer desde esas instancias, criterios de rechazo generales, que valgan para todos los casos y para todas las personas. La socialización que recibe la gente joven relativa a la violencia solo retóricamente recurre a imperativos categóricos, tales como la eliminación de *toda* imposición de la fuerza, o como el respeto a la integridad de *todas* las personas.

Así pues, la distinción entre la violencia "aceptada" y la "no aceptada" no está basada ni puede estarlo, en normas de conducta universales. En consecuencia, existen contradicciones y ambigüedades muy características de esta sociedad y de nuestro tiempo, a la hora de manejar la representación pública de la violencia juvenil. El problema al que me refiero puede enunciarse de este modo:

Existe una dificultad permanente, para aclarar cuando la violencia juvenil es funcional y (por lo tanto necesaria y buena) y cuando es disfuncional (y por lo tanto innecesaria y mala).

El examen del tratamiento de la violencia juvenil en la comunicación pública, desde que existen los medios audiovisuales, muestra esa dificultad.

Porque la mayor parte del esfuerzo narrativo, en los materiales que se ofrecen en los medios de comunicación de masas, tiene como objetivo ofrecer "parábolas", referidas al uso que puede y no puede hacerse de la violencia. Como toda parábola, esos relatos referidos a la violencia son ejemplos paradigmáticos: presentan esas variadas situaciones donde la violencia estalla. Identifican a los actores que son ejecutores y víctimas.

Repertorían las modalidades de violencia. Y sobre todo, dejan claro en el desenlace de los relatos, cuales son las consecuencias (positivas, neutras o negativas), para los individuos y para el conjunto de la sociedad, de tales comportamientos violentos.

El análisis de contenido de esas representaciones públicas de la violencia, ofrece los siguientes resultados:

En general, los actos violentos se consideran necesarios cuando contribuyen a la reproducción social. Por ejemplo, suele presentarse como legítima aquella violencia que aplica un policía

contra un ladrón; un soldado contra el soldado enemigo; el padre o la madre contra el hijo rebelde. En tales casos los agresores y la agresión son evaluadas como funcionales.

Complementariamente, aparecen actos violentos que se presentan como acciones que ponen en peligro la reproducción social. Por ejemplo, se tendrá por disfuncional la ocupación de viviendas porque pone en tela de juicio el derecho a la propiedad; y se presentará como inapropiada la intromisión de un barco ecologista en el territorio acotado para una prueba atómica, porque afecta a la seguridad nacional.

5. Las parábolas del buen violento y de la víctima correcta

Disponemos de análisis de contenido de los medios audiovisuales todavía más concretos. Corresponden a las parábolas referidas a la violencia, que tienen como protagonistas a la gente joven. Esos relatos dramatizan sin descanso un mismo tema: *la historia del buen violento y de la víctima correcta*.

En dichas narraciones, se les aclaran a las audiencias los rasgos que caracterizan a cada uno de estos personajes arquetípicos. Los criterios que permiten establecer las correspondientes distinciones, son los siguientes:

- Sirve para diferenciar al "buen violento", del "violento malo", que el primero agrade para **"defender lo nuestro"**, en tanto que el segundo violenta para **"alterar o destruir lo nuestro"**.
- Sirve para discriminar entre la "víctima correcta" de las agresiones y la "víctima equivocada", que la primera es **"de los otros"**; y la segunda de **"los nuestros"**.

Los dos criterios mencionados son variantes de una misma ética social. Corresponden a aquella visión del mundo, que en sociología se denomina *<<percepción etnocéntrica-exocéntrica de la realidad>>*. Quienes tienen esta concepción de las colectividades y de las personas, creen que todo **"lo nuestro"**, y que todos **"los nuestros"** son

buenos por definición. Lo cual supone necesariamente que, a juicio de ellos, todo lo ajeno y distinto sea por definición, malo.

La percepción etnocéntrica-exocéntrica de la realidad, es maniquea, o si se quiere lo ve todo en blanco y negro:

– Cae del lado bueno del mundo-, y por lo tanto, tienen que ser defendidos, *mi (nuestra) familia, mis (nuestros) amigos, mis (nuestros) conciudadanos, mis (nuestros) cofrades, etc.; mis (nuestros) lugares, mis (nuestras) cosas, mis (nuestras) costumbres, mis (nuestros) gustos, mis (nuestras) creencias; y también mis (nuestras) manías, mis (nuestros) defectos, mis (nuestras) carencias.*

– Innecesario resulta enumerar cuanto cae del lado malo del mundo, por el hecho de que o “*no son de los míos*” (no son de los nuestros) o “*no es lo mío*” (no es lo nuestro).

Todo lo cual tiene por lo tanto que ser destruido, o al menos excluido.

6. Efectos éticos y políticos del manejo instrumental de la violencia juvenil

Esta visión del mundo tan prejuiciosa, ahora la está recibiendo la juventud, como referencia principal y más frecuente para su formación en valores sociales. Tal relevancia del etnocentrismo y de las agresividad, se debe, precisamente, al predominio de la comunicación audiovisual a lo largo de estos años.

Lamentablemente, está teniendo éxito ese esfuerzo mediático por instaurar una visión tan cerrada, tan endogámica, tan agresiva de la realidad. Ese resultado se comprueba, por ejemplo, cuando la juventud violenta justifica sus comportamientos agresivos por dos motivos:

1.º *Porque* la violencia que ellos aplican, viene precisamente en defensa de algún valor que tiene esos rasgos etnocéntricos (p.e. la pureza racial, el Islam o la civilización Occidental)

2.º *Porque* ejercitan la violencia, “solo” contra quienes no son de los nuestros y supuestamente

hacen peligrar esos valores (p.e. contra drogadictos, homosexuales, prostitutas, etc.) (5)

Si no se pone algún remedio, el tratamiento que se le está dando a la violencia que implica a la juventud en las representaciones colectivas, puede lograr el propósito que está implícito, a saber: formar generaciones juveniles cuyos impulsos agresivos puedan ser exacerbados cuando convenga, y dirigidos contra quienes convenga.

Este manejo maniqueo que se hace de la representación de la violencia, supone un cambio de estrategia en la enculturización de la juventud. Pero se trata de una manipulación simbólica que supone serios peligros para la permanencia de la convivencia en democracia. Porque en una democracia, el tratamiento de los agresores y de las víctimas debería de fundarse en la validez de principios universales.

Además de las consecuencias negativas que tiene toda instrumentación de los valores éticos, pueden darse otras a nivel político, que merece la pena analizar:

El manejo instrumental de la agresividad juvenil, hace inestables los límites que permiten distinguir entre esa violencia “buena” —que se insiste en legitimar—, y la otra violencia “mala”, que se desea erradicar. Esa ambigüedad ya cabe observarla en el tratamiento que están recibiendo ciertos actos vandálicos. Concretamente, la rotura de mobiliario urbano, se evalúa como una de esas acciones violentas “malas” que carecen de legitimidad. Sin embargo, cuando los vándalos celebran de ese modo, la victoria de **su** equipo de fútbol, las ocurrencias destructivas de estos etnofutboleros,

(5) Un ejemplo muy descarnado de esa interiorización del mensaje etnocéntrico, (pero no es el único) se tiene en las declaraciones de algunos cabezas rapadas, que apalearon y violaron a unas jóvenes dominicanas. Según ellos, las agresiones eran acciones de defensa contra los variados peligros que representaban las víctimas:

- Porque le quitaban el trabajo a las españolas.
- Porque eran putas e iban a contaminar la decencia de las chicas españolas.
- Porque eran extranjeras.
- Porque eran negras.

se presentan ante la opinión pública con benevolencia y alguna complacencia. E incluso hay instancias que evalúan la violencia de los jóvenes seguidores de un equipo, del lado de la agresividad juvenil "buena"; seguramente por lo que tiene de endogámica.

La misma peligrosa indefinición le es consustancial al maniqueísmo que distingue entre las víctimas "correctas" y las "inapropiadas". La posición que ahora pueden ocupar "los terroristas", o "los fundamentalistas", o cualesquiera otros a quienes se les presente como colectivos adecuados para ser destruidos, cuando haga falta puede ser ocupada por otros, en el papel de **los otros**. Llegado el caso, esa condición de víctimas "correctas" se les puede imputar a los gitanos; y también a los inmigrantes; y cuando los haya en número suficiente, a los negros. Transferencias que por cierto, ya hicieron y ahora vuelven a hacer los grupos de extrema derecha; sin tener necesidad de modificar "las razones" legitimadoras de sus agresiones.

Históricamente ha sido tan fácil como frecuente, la traslación de esas líneas divisorias. A las sociedades violentas no han de faltarle ni las causas que defender ni los enemigos que atacar. Para ello basta con haber conseguido convencer a la juventud, de que el recurso a la agresión constituye el método adecuado e inevitable para sobrevivir.